

tener á los jóvenes sobre ciertos puntos, creyendo sea este el medio mejor de conservar pura su alma.

Enhorabuena que se observe una casta reserva con las mujeres; su naturaleza, en las condiciones comunes, es mas débil, al paso que su alma es mas espiritual, mas propia para elevarse; pero en cuanto á los hombres, pienso que es necesario darle alguna luz á su entendimiento para prepararlos al combate. De otra manera, en la hora terrible sucumben indefensos.

La elevacion del espíritu es una obra de esfuerzos; la pureza es un premio concedido al luchador infatigable!..

.....
 ¿Qué se habian hecho aquellas horas en que una muda contemplacion reunia las almas de Rafaelita, de Lorenzo y de Manuel; en que el ciego se sentia alumbrado, como si la presencia de la jóven fuera un rayo de sol que penetraba hasta el fondo oscuro de su corazon..... ?

Ahora el malestar se iba haciendo general y cada dia mayor: el alma de Manuel, como un instrumento destemplado, no vibraba acorde con las demas; Rafaelita estaba triste; Lorenzo sentia la influencia de aquella falta de armonía, y empezaba á sentir ese vacío, ese anhelo indefinible que llaman celos; pero celos no por él, sino por los otros.

La penetracion de una alma iluminada por el amor es asombrosa. Rafaelita fué la primera que leyó en el corazon de Manuel. El ciego amaba á otra mujer; y sin embargo, conocia que el amor que á ella le profesaba era siempre el mismo. ¡Cosa extraña! Eran dos sentimientos

que existian al mismo tiempo, sin destruirse el uno al otro!.....

Un descubrimiento semejante hizo una impresion viva y profunda en la pobre muchacha, que amaba al ciego con todas sus potencias; lloró muchísimo, y la enfermedad de corazon que habia heredado al nacer como un presente de muerte, empezó á desarrollarse.

Era para Rafaelita tan cruel la idea de perder el amor de Manuel, que no podia convencerse de la realidad. El ciego la amaba como siempre; estaba triste, inquieto cuando ella estaba léjos: la jóven no podia desconocer esto; sentia igualmente reflejarse su imágen en el bienestar de Manuel; pero ¿cómo no conocer tambien la influencia extraña de un nuevo sentimiento en el corazon de su marido? A veces creía equivocarse, y entónces se echaba en cara como un crimen dudar de su amor. ¿Quién podia venir á disputarle el corazon de Manuel? ¿Qué imágen podria grabarse allí, si el infeliz era ciego, si no podia conocer otra mujer?.....

Entretanto, como el sol cuando se envuelve en nubes, se oscurecia cada momento mas y mas la inteligencia de aquellas almas. Ese amor de los sentidos debe ser una cosa bien impura, cuando así podia trastornar aun á almas que estaban libres de sus vapores.

Rafaelita seguia con toda la solicitud de una amante, todos los movimientos reflejos del alma de Manuel; pero nada descubria. ¿No sentimos así á veces pasar en torno de nosotros una corriente eléctrica, sin que esté en nuestras facultades palparla?.....

Una noche, era por el mes de Agosto, en que ambos se

hallaban en una casa que visitaban con frecuencia, la de D. Diego de Mirafuentes, rico solteron que habia venido á pasar una temporada en México. Rafaelita notó que de tiempo en tiempo Manuel se ponía encendido. Esta circunstancia era insignificante, pero á ella le llamó por instinto la atencion.

Don Diego tenia una hermana, Dolores. ¿Esta era la que ocupaba una parte del corazon del ciego? ¿Pero cómo, si Dolores era muy orgullosa y apenas habia hablado unas cuantas ocasiones al músico?..... Y luego, Rafaelita la miraba con cuanta atencion é imparcialidad le eran posibles; hacia un esfuerzo para dominar su sentimiento, y no acertaba á descubrir en ella una belleza que fuera capaz de conmover un corazon como el de su marido. La jóven era de una naturaleza muy casta, muy escogida, para poder comprender esa otra hermosura magnética, embriagadora, que influye sobre la sangre.....

Rafaelita quedó de nuevo hundida en sus dudas: solo que ahora su pensamiento tenia un punto á donde dirigirse.....

Mas no tardó mucho en llegar uno de esos acontecimientos que hacen vibrar ante la razon la luz de la evidencia.

El lunes 12 de Noviembre era el cumpleaños de D. Diego, y este acontecimiento se solemnizaba en su casa con una de esas fiestas á que son tan afectos los hombres de fuera de México.

D. Diego era un hombre bastante pequeño de cuerpo, que representaba cincuenta años, cuando no habia cumplido aún los cuarenta. Era uno de esos séres degenera-

dos, que viven en medio del mal, como ciertos insectos que vemos agitarse en el fango: era uno de esos solterones perversos, frios, supersticiosos, que no tienen idea alguna de la virtud, porque ya no tienen alma, y que con solo su aliento manchan á una mujer..... Pero D. Diego tenia dinero y ocupaba uno de los mejores puestos en la sociedad.

El salon estaba adornado con lujo, y la concurrencia era numerosa y brillante.

La llegada del músico y de Rafaelita fué acogida con un murmullo de aprobacion, y todas las miradas se clavaron en la jóven, que estaba hermosísima con un sencillo vestido de muselina blanca y sin mas adorno que una rosa té entre sus cabellos castaños, finos y brillantes como la seda.

D. Diego corrió hácia ella y quiso conducirla á una silla; pero Rafaelita le dió las gracias con aquella dulce amabilidad que formaba la base de su carácter, y continuó guiando á su marido, cuyo brazo estrechaba con angustia porque Manuel empezaba á sentirse muy agitado por aquellas corrientes misteriosas que ella no comprendia.

Durante la primera parte de la noche nada hubo de particular. El baile y la música habian conmovido todos aquellos corazones gastados, y reinaba entre la concurrencia esa animacion facticia que es el encanto de los bailes.

Todos los ojos estaban brillantes, todos los pechos fatigados, todos los labios entreabiertos; tan solo Rafaelita permanecia tranquila é indiferente á lo que la rodeaba,

porque concentradas sus facultades en Manuel, seguía con atención absoluta todos los movimientos de su corazón.

Y sin embargo, Rafaelita á su turno era el objeto de la atención interesada de varios de los concurrentes, D. Diego el primero, que había concebido por ella un deseo vehemente, y que como las demás creía su conquista fácil.

La indiferencia de la jóven, esa indiferencia desdeñosa que ni siquiera percibe el peligro, había excitado el amor propio del solteron; así es que mientras aquella trataba de leer en el corazón de su marido, D. Diego buscaba en su mente un proyecto para separarla por un momento del músico. ¡La trama del drama silencioso, pero terrible, que iba á comenzar, empezaba pues á enredarse!

Rafaelita experimentaba un disgusto y un malestar profundos al hallarse en medio de aquella reunión; su arco delicado percibía la discordancia de sus voces, como su alma conocía la falta de unión de aquellos seres. Esto es lo que el vulgo llama misantropía en las almas elevadas que no pueden hallar placer en el concierto destemplado de mil voces, mil deseos diferentes, egoistas y fríos; y que saben percibir la trama grosera que une á esa reunión, como el ojo del artista percibe los trazos del dibujo mal acabado. Rafaelita pensaba que á veces es tan desagradable el comercio de los hombres, que si no fuera por esa facultad preciosa que poseemos de aislarnos por dentro de nosotros mismos, bien pronto la vida sería insoportable; y esta idea la hacía afirmarse mas y mas en la creencia de que hay un mundo superior, espiritual, con el cual está en comunicación el alma, aun desde este mundo.

En esto Dolores se dispuso para cantar, y D. Diego, poco fecundo en planes, aprovechó inmediatamente la ocasión, invitando á Manuel á que acompañara á su hermana.

¡Era la hora de la lucha! ¡esa hora que siempre llega, y que hace concebir la idea de la fatalidad!

Rafaelita sintió un dolor agudo y frío; y Manuel, con el corazón agitado, se levantó tomando un violín que le ofrecieron.

Dolores era una mujer de treinta y dos años, blanca, fresca y robusta. Fué casada, y con el matrimonio adquirieron todas sus formas, pero con especialidad el pecho y el cuello, cierta morbidez que daba mucha seducción á su persona. No era bella en el sentido que los filósofos, los poetas y los hombres de gusto elevado dan á esta palabra; pero era hermosa, agradable, atractiva: era, en fin, una de esas mujeres que parecen criadas para inspirar pensamientos voluptuosos; tenía esa magia que fascina los sentidos, que excita los instintos obtusos de la sangre.

Era uno de esos cuerpos mates, opacos, que revelan una alma que se ha *viciado*, si se nos permite emplear aquí ese término vulgar aplicado á las plantas que no han dado fruto, sino que por el contrario se extienden frondosas y robustas sobre la tierra.

—Pero Manuel no conoce el acompañamiento de esa canción, dijo Rafaelita, para quien en aquel incidente se jugaba nada ménos que su reposo.

—Es cierto, contestó con indiferencia Dolores, cuya alma vulgar estaba tan distante de la elevación y el per-

feccionamiento del espiritualismo, como de esa perversidad que se recrea en el mal.

Y se disponía á buscar otro músico que la acompañara, cuando Manuel, que se hallaba bajo su influencia, la detuvo balbuceando:

—No es un inconveniente.....

—¡Daria vd. una prueba de su habilidad, siguiendo la voz! exclamó D. Diego con objeto de excitarlo.

—¿Se atreveria vd? preguntó Dolores, clavando sus ojos negros y ardientes como una llama, sobre la frente del ciego, como para conocer toda la medida de su talento. Es una canción muy hermosa que me ha dedicado uno de los jóvenes poetas de México, añadió con coquetería.

Rafaelita estrechaba convulsivamente el brazo de su marido, y le pedia á Dios un milagro para arrancarlo del peligro; pero el ciego, completamente fascinado por la mirada, cuyo poder habia sentido hasta el fondo del pecho, apartó á Rafaelita y se adelantó hácia Dolores diciéndola con voz alterada:

—¡Oh! cante vd..... ¡cante vd.....!

Este altercado, la singular proposición del músico, y la influencia que la hermosura de Dolores ejercía sobre todos aquellos seres vulgares y carnales, fueron causa de que se interesara vivamente la curiosidad general.

Reinó un profundo silencio, y Dolores, sonriéndose, y paseando su vista por el salón como si buscara á alguno, comenzó así:

Breves son del placer los momentos,
Los del tedio larguísimos son..... *

Manuel, con la frente erguida y lleno de animación el rostro, escuchó por un momento aquella voz tibia y aterciopelada; y ántes de que concluyera el primer verso, ya su violín la seguía fielmente.

Cantos, flores, licor y placeres,
Ilusion, algazara y festin;
Lindos ojos de bellas mujeres,
Luz y amor, que gozar es vivir!

Era una canción extraordinariamente voluptuosa, que hacia palpar de placer los labios de la viuda.

De la música al eco sonoro,
Se confundan en giro veloz,
De las bellas el férvido coro
Y la voz del amante cantor.

El órgano de Dolores era de corta extensión, pero lleno, dulce y acariciador como un beso. No era una de esas voces blancas, cristalinas, que se elevan hasta la pasión, como la de Rafaelita, y que penetran hasta el alma como un dardo de acero; era por el contrario una voz mate, amarillenta, llena, como el sonido del bronce, que no expresaba mas que la voluptuosidad, y que de los oídos

* Estos versos son tomados de una canción compuesta por nuestro amigo el joven poeta don Luis G. Ortiz.

se difundía por los nervios, como un baño de placer y sensualidad.....

La voz de la viuda temblaba cada vez mas de emocion.

Manuel hacia prodigios en su violin. Era una lucha de habilidad, en que el artista derramaba á torrentes la armonía, haciendo resaltar á la cantatriz.

En los brevísimos instantes en que la una y el otro callaban, no se oía en toda la sala mas que la respiracion agitada y ardiente de los oyentes.

Manuel sentia dentro de sí convulsiones extrañas y sensaciones desconocidas.....

Rafaelita, que tenia clavada la vista en el ciego, vió encenderse su rostro, abrirse sus labios para aspirar aire que refrescara su pecho, y miró en su frente, tan tranquila siempre, tal agitacion, que no pudo contener sus lágrimas. Entónces D. Diego, á fuer de hombre galante, pasó su brazo por entre el suyo y la arrastró suavemente. La pobre jóven, enervada por el dolor, se dejó conducir como una masa inerte.

De la hermosa, en los labios de grana,
Sacie el hombre lascivo su sed,
Y que lo halle al lucir la mañana,
Desmayado de amor y placer.....!

¿Habrà pluma que pueda pintar esas sensaciones vagas, y sin embargo poderosas, de un sér vírgen que por primera vez comienza á aspirar el perfume deleitoso de la copa del placer.....? Manuel sentia dentro de sí el ruido sordo de su sangre, que corria como un torrente que ha

roto sus diques. Su razon se iba oscureciendo, y le parecia como que la atmósfera tomaba cuerpo y pesaba sobre el suyo.

¿No creéis que hay momentos en que el aire que se respira, lleno de luz y de aromas, húmedo con el aliento de tantas personas reunidas, cargado de diferentes emanaciones sensuales, obra directamente sobre los nervios y embriaga y fascina.....?

Y embebida en las dulces caricias
Del amante que causa su afan,
Ella pague con dulces delicias
Los halagos que tierno le da.....

¿No creéis que la carne tiene su alma, la sangre sus necesidades, sus instintos, sus simpatías.....?

Y arrancando la bella guirnalda
Que aprisiona su cándida sien,
Deje libre flotar por su espalda
Su cabello bañado en clavel;
Y rasgando la gasa, que el pecho
Palpitante de amor ocultó,
Brinde al jóven feliz, blando lecho
Do mitigue su férvido ardor.....

Manuel, lanzando un grito agudo, nervioso, cayó de rodillas ante aquella mujer, Eva tentadora que lo arrancaba de su esfera, para lanzarlo en un mundo nuevo. Tendió los brazos buscando á Dolores, pero no encontró

mas que el vacío, el horrible vacío; luego llevó con desesperacion las manos á los ojos, como para arrancarse la venda fatal; y al último, obra todo de un instante, estrellándose contra la inexorable realidad que lo encadenaba, cayó sin sentido.

En aquel momento postrero en que su razon sucumbia, oyó un grito de Rafaelita, y al mismo tiempo, casi diríamos miró, porque la intuicion es á veces demasiado poderosa, á Dolores que se dirigia rápidamente y radiante de gozo, á un jóven que estaba en el salon: era Lorenzo.....!

Cuando Manuel, al dia siguiente, volvió en sí, se encontró con Rafaelita y Lorenzo que vigilaban su sueño al lado de la cama.

Débil y rendido como despues de una lucha, el ciego no tenia fuerzas para moverse; ofuscada su razon por la violencia de las impresiones, parecía despertar de una pesadilla; y fluctuando entre la vigilia y ese sueño pesado y fatigoso que sucede á las crisis nerviosas, su imaginacion solamente conservaba recuerdos trunco y terribles.

V.

LOS dias que se sucedieron á la escena que hemos referido al principio de esta historia, fueron tristes, silenciosos, opacos, eternos para la familia del ciego.

Manuel permanecia encerrado en su aposento, Rafaelita, inquieta, enferma, vagaba por la casa con esa agitacion de una persona que no halla consuelo en ninguna parte; Lorenzo, taciturno, sombrío, contemplaba el dolor de aquellos dos seres queridos, y tenia deseos de morir, porque se sentia huérfano y abandonado sin el amor de Manuel y de Rafaelita. En los breves instantes que el jóven estuvo en el baile, habia hecho descubrimientos terribles que mas y mas lo disgustaban de la vida. Como si su alma no hubiera podido salir inmaculada de aquel lugar, al ver que otro hombre se atrevia á querer á Rafaelita, á esa mujer á quien él adoraba de rodillas sin atreverse ni aun á ofenderla con el pensamiento, habia sentido encenderse en su pecho la llama de los celos! ¡Él, tan puro, tan lleno, de abnegacion; él, que veía con tanto regocijo el amor de Rafaelita y de Manuel, contentándose con vivir de los reflejos de aquella luz, tenia celos desde esa hora mil veces maldita.....!